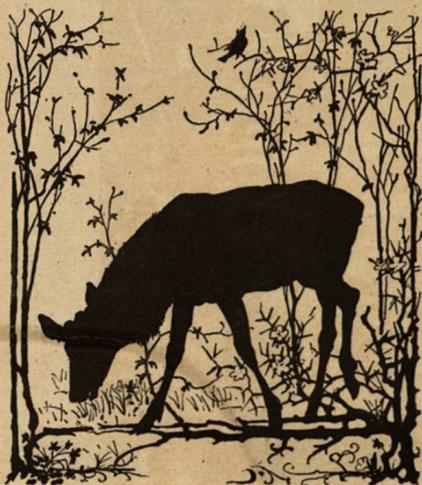


Por fin, después de tres cuartos de hora de seguir la pista, dimos con el venado tendido, con la cabeza apoyada en un tronco de roble, pero en una situación que no esperábamos. Otro ciervo de doce puntas le estaba maltratando con sus cuernos. Le tenía ensartado por el cuello, y se retiraba hacia atrás para em-



El ciervo en mayo

bestirle de nuevo, cuando le disparé, introduciéndole la bala en el corazón. Un gran salto y una caída á plomo junto al cuerpo de su víctima fué lo único que hizo después de mi disparo.

El venado de diez puntas no había aún espirado, pero le faltaban ya alientos. Un tiro á la cabeza que le dió mi amigo terminó sus padecimientos.»

II

Son también curiosos los siguientes datos, que tomamos de la *Ilustración Venatoria*:

«Las relaciones sociales entre los ciervos son bastante íntimas durante todo el año, exceptuando los venados capitales, que viven solos hasta que llega la época del celo, en la que se unen á las hembras.

Generalmente se reúnen en agrupaciones de seis á veinte individuos, y viven pacíficamente, hasta que llega la segunda mitad de setiembre en unos países, ú

octubre en otros, en que, siguiendo antiguas tradiciones, concurren á los picaderos ó parajes destinados á la brama, llamados también *bramaderos*, en número más considerable. Éstos distan con frecuencia veinte y hasta treinta leguas de los puntos de residencia ordinaria de algunos grupos, que tienen que atravesar grandes campiñas y ríos navegables para concurrir á ellos.

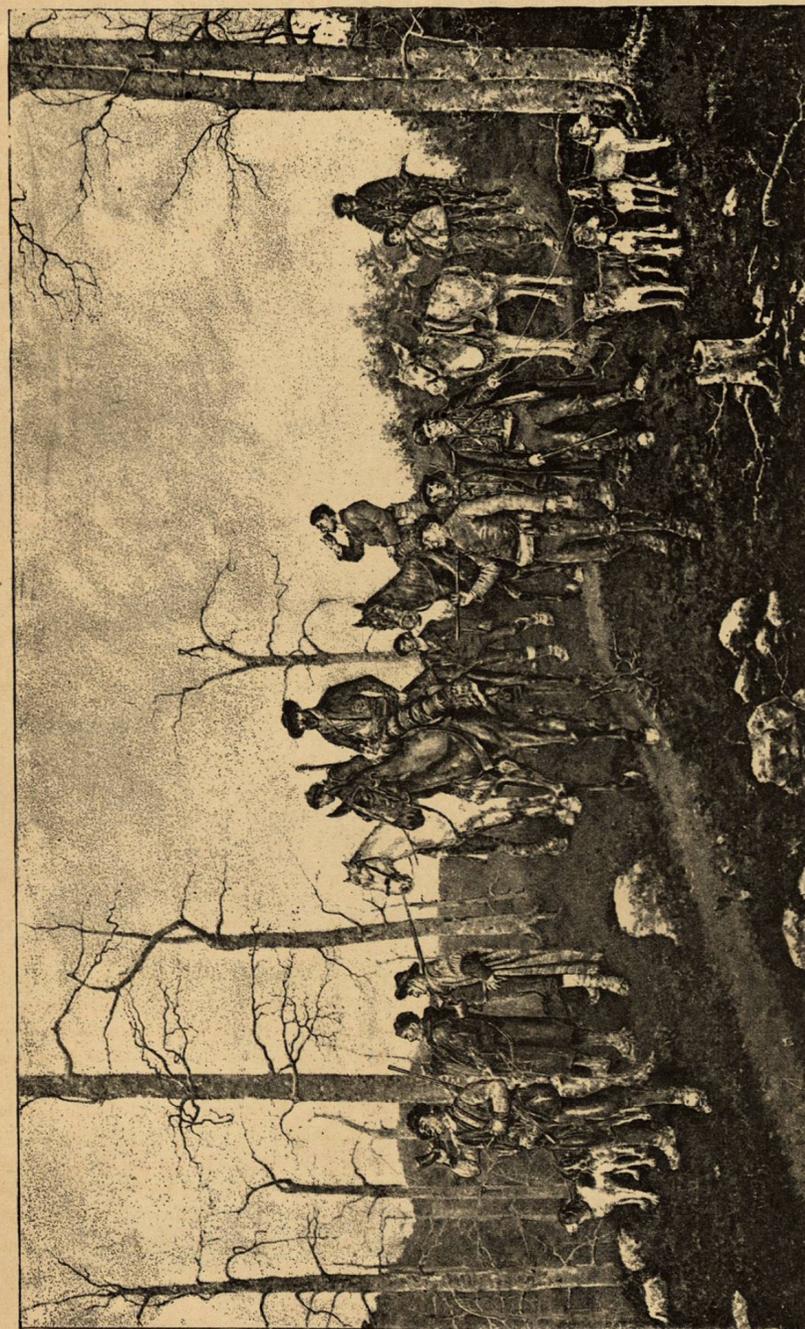
En todos los países existen bramaderos generales, en los que se acumulan las reses cervunas de toda una gran comarca. Así, por ejemplo, en Alemania existen dos, entre otros varios, que han llegado á adquirir gran celebridad. Uno está situado en la comarca de Brandenburgo, cerca de Eberswalde, en el monte denominado *Schorfheide*, en cuyo paraje se reúnen las reses de las provincias de Brandenburgo, Hannover y de una parte de la Pomerania, en número que no baja de 3 á 4,000, desde principio de setiembre, y ocupan una superficie de poco más de tres leguas cuadradas. El otro se encuentra en Silesia, en los bosques del Príncipe de Pless.

Lo mismo acontece en Francia, en España y demás países: las reses concurren á esos lugares tradicionales para el acto de la procreación, en mayor ó menor número, según las condiciones de los montes y la extensión del cultivo agrario.

Se conocen varios bramaderos generales en España, á los que, si bien no concurre un número tan extraordinario de reses como en otros países, no obstante, llegan á reunirse algunos cientos en el período de la brama, como acontece en los montes intermedios de Saceruela y la Puebla de D. Rodrigo, en los montes de Sierra de las Tiñosas, en término de Mestanza, en los montes del Condado de Moya, y otros que sería prolijo enumerar.

Tan luego como se han reunido en estos bramaderos, se dividen en grupos de seis á treinta hembras, á cuyo frente se pone un macho de los llamados *buen venado*, ó *ciervo capital*, el cual desde luego se declara señor despótico de su harem y no tolera la presencia de ningún otro individuo de su sexo, dando principio por demostrar á los ciervos nuevos, con algunas lecciones de la *lex fortior*, que ejerce actos de dominio. Éstos, que no se dejan repetir el aviso, se mantienen á una respetable distancia del paraje en que el venado viejo ha plantado sus reales.

Al subdividirse las reses en agrupaciones menores, algunos venados viejos se quedan sin hembras, con cuyo motivo se declaran aventureros, y como tales salen en busca de aventuras, disputando á los mantenedores la posesión de las ciervas en que ejercen domi-



PARTIDA DE CAZA, CUADRO DE ESTÉBAN BLASCO

nio: salen con los vientos bajos buscando la pista de las hembras, cual pudiera hacerlo un perro que sigue un rastro; y en presencia, ó bien cuando las barruntan cerca, braman, provocando á su rival, que acude al

reto significado por el frémito ó bramido del aventurero; contéstale de una manera digna, avanzando hacia el intruso, que no cesa de bramar. Cuando se hallan á costa distancia uno de otro, se acometen con la cabeza



La época de la brama

baja, cruzando las cornamentas; y si ambos contrincantes son de iguales fuerzas permanecen largo tiempo forcejeando hasta que el más débil pierde terreno; y al saltar para desviarse, el más fuerte le introduce generalmente las gacetas en los flancos, produciéndole

heridas que con frecuencia son mortales. En estas luchas, que son terribles, porque el venado es muy apasionado y tenaz, no siempre vence el señor del harem, en cuyo caso tiene que ceder el puesto á su afortunado rival, marchando á ocultar su vergüenza y despecho á

lo más recóndito del bosque después de haber atacado á los ciervos jóvenes para desfogar sus instintos de venganza.

En tanto que los machos riñen para dilucidar la cuestión de quién ha de ser el dueño de las hembras, éstas miran con la mayor indiferencia, sin interesarse por ninguna de las partes, los trances de la lucha por mera curiosidad, pues que al fin son hembras y acatan al vencedor, como hubieran acatado al vencido en el caso de ser más fuerte.

Dueño, el venado más afortunado, de las hembras, va en busca del objeto de sus afanes. Las ciervas viejas le reciben con más ó menos coquetería. Al principio todas se muestran bastante esquivas; rehuyen lo que anhelan por exceso de coquetismo; pero al fin ceden á sus propias pasiones. En tanto, las ciervas nuevas, y sobre todo las cervatillas, se ocultan á las miradas del sultán y le huyen, el cual, excitado por el deseo de conquistar lo que se le niega, y ávido de triunfos me-

nos fáciles, corre todo un día en pos de ellas, buscando su pista con la cabeza baja cuando se le ocultan, hasta encontrarlas, y recibe, por fin, el premio á sus constantes desvelos. Extenuado de fatiga y de placer, busca un bañil en donde pueda templar su ardor y reposar breves instantes para recuperar sus perdidas fuerzas.

En medio de estas dulzuras, le sorprende el frémito de otro rival. Orgullosa y celoso de que le quieran robar su tesoro, responde al reto con gran brío, y desafía al pretendiente, procurando antes encerrar á sus hembras en estrecho círculo, para así dominarlas mejor. En tanto que defiende su propiedad de las pretensiones del nuevo aventurero, acude algún venado joven para aprovechar la ocasión de la corta ausencia del déspota; y, cosa extraña, es aceptado de buena voluntad, sobre todo por las ciervas viejas, que aprovechan la ocasión de vengarse de la preferencia que el señor de la manada dió á las jóvenes en perjuicio de sus derechos.



CAPITULO IV

LAS HUELLAS DE LOS VENADOS

• I



os lectores de esta obra, sobre todo si son fervientes discípulos de San Huberto, leerán con gusto los siguientes detalles venatorios que nos proporcionan los libros de caza:

«Una de las principales y más difíciles misiones del antiguo venador ó montero era la de escatimar las pistas ó rastros de las reses, y clasificarlas según la clase á que pertenecían, su tamaño y sexo, para, según ellos, venir en conocimiento de si había reses cazables en el monte en que se hacía la busca.

Las reses cazables se distinguían con el nombre de *buen venado* si eran de muchas libras, y *venado capital* si eran extraordinarias por su edad y peso.

Venado se llamaba á las reses, tales como el oso, el jabalí, el ciervo, el gamo, el corzo y el rebeco, sarrío ó gamuza, cuyos tres nombres pertenecen á un mismo individuo. Los dos primeros se distinguían con el apelativo *negro*: así, pues, se decía *venado negro*, y comprendía al oso y al jabalí. Los dos siguientes, ó sean el ciervo y el gamo, eran apellidados *venado cervuno*. Las

cuatro especies constituían el *venado*, que cazaban los reyes y los señores de la edad media. Según la legislación de algunos países de Europa, estaba prohibida la caza de este venado á quien no fuera noble, y los contraventores sufrían la pena capital. La caza del ciervo, sobre todo, que era tenido por *venado real* ó *venado noble*, fué más de una vez castigada con la muerte del que osaba cazar ese bello animal sin tener sangre azul. En Francia, por ejemplo, subsistió esta ley hasta los estados generales de 1787.

La caza del venado negro, así como la del venado cervuno, era dispendiosa y de grande aparato, pues exigía muchos y buenos monteros, grandes jaurías de canes amaestrados para perseguir las reses, y á más una respetable cantidad de perros de busca ó de trailla, cuya misión no era otra que la de escatimar las huellas con los monteros.

En términos venatorios, *escatimar una huella* no es más que seguirla para averiguar el paradero de la res que la causó; y *clasificar la huella* significa tanto como venir en conocimiento de la edad, sexo, peso y clase de res que la produjo.

Hoy en día son muy contados los cazadores que son peritos en huellas, sobre todo en nuestro país, donde ya no se corre, sino rara vez, el ciervo ni el jabalí. En el centro de Europa aun existen cazadores á la anti-